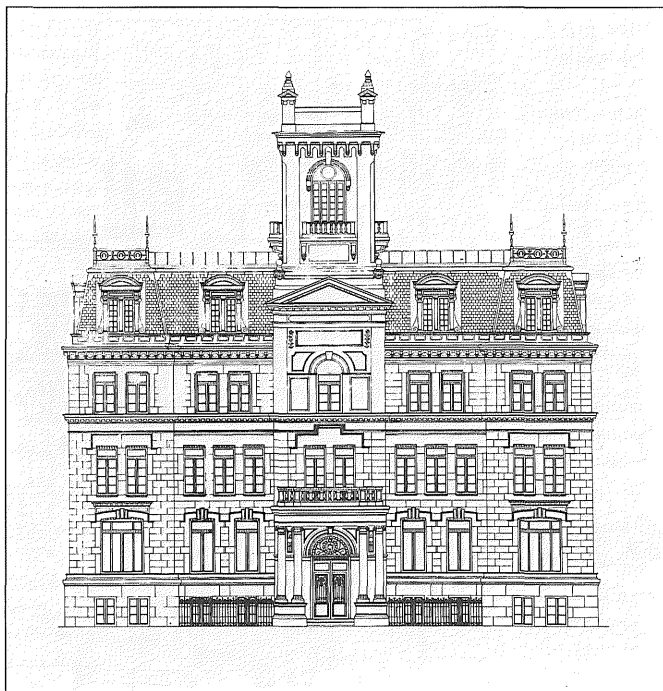


Instituto Internacional Madrid



Siendo la arquitectura la que, en su permanencia, sustenta en mayor grado la memoria de la ciudad, no siempre su autor es proporcionalmente reconocido. Tal se nos aparece el caso, en Madrid, del arquitecto Joaquín Saldaña López, por cuanto su obra construida, así en volumen como en significación urbana, supo formalizar una parte muy precisa de la ciudad, cuya huella decadente y cosmopolita aún permanece, acorde con aquel Madrid de principios de siglo que pretendía convertirse en la metrópoli que nunca fue.

Destaca Saldaña en una generación de arquitectos que tuvo la oportunidad de edificar una buena y significativa parte de la ciudad: aquélla, en el ensanche de Castro, destinada a la emergente burguesía madrileña.

Estas viviendas burguesas que en lo constructivo presentan una constante calidad, muy apoyada en la extraordinaria maestría de los oficios que entonces había en Madrid, obedecen en lo formal a distintos criterios estilísticos, una vez abandonada, en el crítico panorama cultural del momento, la singular manera ecléctica de la centuria anterior.

La arquitectura madrileña de principios de siglo se decanta, entre otras posturas, en dos bien diferentes y sujetas cada una a un modelo: la que, replegándose en una nostalgia imperialista profundiza en el esplendor perdido del renacimiento español; y la que, cons-

ciente de su apartamento de Europa, intenta un cosmopolitismo a través del ya tanteado y a la sazón tan pujante «modelo francés». Es fácil así encontrar en aquellos años, y medianera con medianera tantas veces, arquitecturas importadas de Francia junto a fachadas estilo «Monterrey».

La aristocracia madrileña de la «belle époque», particularmente sensible a las formas francesas, levanta con estas trazas sus palacios en el período anterior a la guerra europea, en torno a las calles de Almagro y Miguel Angel, el barrio destinado a llenar el vacío «de habitaciones independientes para nuestra grandeza y altos funcionarios», en palabras de Carlos María de Castro, «dejando al buen gusto de los propietarios de aquellos terrenos la edificación...».

Es en este ambiente cultural donde centra Saldaña su fecundo quehacer profesional. Nacido en 1870, se titula en 1894 y empieza a colaborar con el prestigioso arquitecto don Juan Bautista Lázaro, precisamente cuando éste lleva la dirección de las obras de los primeros palacios madrileños proyectados por arquitectos franceses. Se aproxima así, tempranamente, a la tipología del hotel al «estilo francés» a la que dedicará lo más significativo de su producción, y con la que alcanzará una mayor repercusión en la imagen urbana, construyendo la mayor parte de los palacios de la nobleza madrileña. Sus

plantas, de esquemas beauxartianos, aunque sorprendieran entonces por su claridad de distribución, no tendrán el impacto de las blancas y emblemáticas fachadas cuya expresividad se confiaba de una ornamentación de superficie, con libre uso del lenguaje clásico, inspirada en el barroco francés.

Su andadura en la arquitectura pública es escasa, tras participar con Jesús Carrasco en algunos concursos, como el de la Casa de Correos, en los primeros años de profesión. Sobresalen en este terreno por su singularidad el Instituto Internacional de Señoritas de España, la reforma del Banco Español de Crédito en la calle de Alcalá, obra de Grases Riera, y la iglesia de los Padres Salesianos en Francos Rodríguez, una de sus más desconocidas y peculiares obras.

Valga, en fin, esta restauración que ahora nos ocupa, la del Instituto Internacional de la calle de Miguel Angel, una de las primeras y más expresivas obras de Saldaña, levantado con el apoyo económico de Zenobia Camprubí, para recuperar también la atención a este arquitecto cuyas obras mantienen la memoria, a veces callada, de la ciudad.

Javier García-Gutiérrez Mosteiro